

Lealtad al partido

ANTONIO ELORZA

Urkullu no ha roto el cordón umbilical con la ambivalencia del PNV, condenando «la violencia», pero descalificando los medios empleados para la derrota de ETA

Los italianos tienen un nombre muy explícito para aquel político que en un partido cifra su progreso en la actuación dentro del aparato. Se trata de un 'culo di ferro', así llamado por los cientos de horas que se ve obligado a consumir en reuniones hasta ir consiguiendo el ascenso escalón a escalón. Sin embargo, no todos los 'culos de hierro' responden al mismo patrón. En la política española tendríamos dos ejemplos bien diferenciados de la especie, en las trayectorias de José Luis Rodríguez Zapatero y de Iñigo Urkullu. La pertinacia y la habilidad para ajustarse a la organización y controlarla son los factores que hicieron posible el ascenso del líder socialista, sin que en ninguno de los escalones subidos dejara la menor constancia de su labor, hasta que, desde la nada el diputado sin palabra que fuera, dio el salto a la secretaría general del PSOE aprovechando una situación de vacío. En cambio, a Urkullu le cabe el mérito de que desde su paso por EGI hasta la posición actual ha sido la ejecución de un trabajo eficaz lo que constituyó la baza fundamental para su ascenso. Tal y como destacó en estas páginas Olatz Barriuso, Urkullu fue siempre una hormiga laboriosa que en todos y cada uno de sus puestos trató siempre de atender los intereses de su partido. Nunca fue una cigarra oportunista, y ello le ha permitido, no solo ascender al nivel que ocupa, sino superar situaciones tan difíciles como la provocada por la victoria/derrota de 2009.

La importancia concedida por Urkullu al respeto de las reglas de juego en el PNV queda reflejada en la entrevista que recoge el libro de María Antonia Iglesias 'Memoria de Euskadi' (Aguilar, 2009). Las referencias críticas a Xabier Arzalluz y al lehendakari Ibarretxe tienen más de oposición a un modo personalista de hacer política que de expresión de unas diferencias ideológicas. Estas pueden existir con Joseba Egibar, pero se zanja por medio de un compromiso respetado por ambos. Con Arzalluz, en cambio, tropieza por sus maniobras en 2004 para sucederse a sí mismo al frente del partido: «Lo que ocurre –explica– es que ha labrado un terreno muy peligroso en que ha llevado a determinada afiliación a pensar que el llamado sucesor natural era Joseba Egibar, y eso choca con lo que puede ser una cultura democrática en una organización política». No estaba dispuesto a admitir que Arzalluz viera en el partido una propiedad personal. Respecto de Ibarretxe el distanciamiento es asimismo claro. En 2003, desde su mando en Vizcaya, Urkullu coincide con Josu Jon Imaz en la necesidad de romper el aislamiento del partido, recuperando relaciones con otras fuerzas políticas, mientras Ibarretxe está dispuesto a seguir su línea propia –ejemplo, el Consejo Político del Gobierno vasco– por encima del partido, para llegar a su deseada consulta, saltando por encima de la bicefalia que constituyera siempre la regla de oro organizativa del PNV.

Urkullu defiende frente a Ibarretxe la transversalidad, «la posibilidad de hablar con el PSOE, con el PP», algo que quedará luego aparcado por lo que concernía a los partidos constitucionalistas en Euskadi –no en Madrid–, dado el enorme disgusto causado por la pérdida de la lehendakaritza.

Urkullu es un político pragmático, pero eso no implica una renuncia a la tradición soberanista que restaurara Arzalluz, y prácticamente con los mismos argumentos de base, desarrollados en su texto 'Retos y desafíos de Euskadi y del Partido Nacionalista Vasco', hecho público de cara al último Aberri Eguna. Suscribe la tesis de ese «hombre de piedra» vasco, inspirado en los trabajos y las reflexiones de aita Barandiaran, que nos mira desde la Prehistoria, cuando configura su especificidad asentándose a ambos lados del Pirineo y dando así vida al Pueblo vasco. Tiene este en consecuencia una personalidad propia que cabalga sobre los siglos, una esencia de raíz biológica, no una historia. En efecto, «los avatares» del tiempo no le hacen cambiar y su proyección es la Nación vasca, con la consiguiente exigencia de alcanzar un Estado vasco, una soberanía que además sea eco de la independencia originaria. Implícitamente, quienes llegan de fuera han de adherirse a la

causa de ese Pueblo vasco y acatar su primacía. Por eso, en una iniciativa luego abandonada, piensa Urkullu que el PNV debe cambiar su nombre en Partido de la Nación Vasca. Ser nación para él implica Estado propio, como Croacia o Eslovenia, o estar en vías de lograrlo (Escocia, Flandes), como también le debe suceder a Euskadi, incluso con una fecha a corto plazo: 2015.

El planteamiento de Urkullu es de naturaleza evolutiva y de contenido democrático, no olvidando nunca atender a las exigencias de la crisis económica. El legado jesuítico del PNV sigue ahí, y ningún ejem-

plo mejor que la utilización a fondo de la crisis del Gobierno ZP para maximizar las propias ventajas. Eso sí, opina que la vinculación con España es negativa para Euskadi desde ese punto de vista. En cualquier caso, a diferencia de Arzalluz, Ibarretxe o Egibar, rechaza la idea de que ETA haya sido un factor positivo para la construcción nacional de Euskadi. «A ETA no le debemos nada», insiste.

El problema es que Urkullu no ha roto el cordón umbilical con la ambivalencia del PNV, condenando «la violencia», pero descalificando al mismo tiempo los medios empleados –Ley de Partidos, actuación judicial y carcelaria rigurosa– que llevaron a la derrota de ETA. Hasta la presión actual por forzar medidas unilaterales del Gobierno sobre los presos, pasando por la ejercida sobre ZP para legalizar Bildu, Urkullu ha mantenido al PNV como ala legalista de la estrategia de ETA-IA, igual que ocurre con el tema de la independencia. No deja pasar una, según acaba de ocurrir con el plan del Gobierno vasco para deslegitimar la violencia, con ETA borrada en el nuevo plan consensuado. IA es más clara, IA avanza.



:: JOSÉ IBARROLA